Don Juan y la oposición

Los primeros contactos del partido comunista con la Casa Real española, según su intermediario

TEODULFO LAGUNERO MUÑOZ

José Luis de Vilallonga, en su libro *Le roi* (traducido al español) se equivoca en varias de sus manifestaciones.

No fue Vilallonga, sino yo, quien por primera vez transmitió a don Juan de Borbón la postura del Partido Comunista de España. Lo hice, cuando me recibió en París, en enero de 1974.

En un libro de próxima publicación, así lo escribo:

La figura de don Juan de Borbón siempre fue una preocupación para el régimen. También para la oposición democrática que tenía contactos con él. No para los comunistas, que fueron durante el régimen franquista la oposición más combativa; también la más perseguida. Los comunistas nunca habían intentado nada con don Juan de Borbón. Seguramente no lo consideraron viable.

En enero de 1974 (antes de la *revolución de los claveles* en Portugal), José Mario Armero, siempre dispuesto a ser útil a la causa de la democracia española, me preguntó si quería ser recibido por don Juan de Borbón. Consulté a Santiago Carrillo si al partido comunista le interesaba que en la entrevista transmitiese algún mensaje. No lo dudó. No sólo le parecía bien, sino que lo consideró muy importante. El mensaje era:

"Primero. El partido comunista quería la reconciliación nacional y la sustitución del régimen dictatorial por una democracia parlamentaria con plenas libertades ciudadanas y respeto a las minorías".

"Segundo. España tenía serios problemas y todos, absolutamente todos los españoles, debíamos contribuir a resolverlos. Los comunistas eran los primeros que estaban dispuestos a hacerlo".

"Tercero. El problema de la forma de Estado, república o monarquía, debía resolverlo el pueblo español en consulta electoral libre. Los comunistas aceptarían el veredicto".

"Cuarto. Si don Juan de Borbón contribuía al restablecimiento de las libertades democráticas en España, los comunistas le asegurarían su respeto personal, aun en el caso de que el pueblo se pronunciase por la república".

"Quinto. Debía hacer ver a su hijo, el príncipe don Juan Carlos, que una monarquía no democrática, puesta por el dictador, tendría muy pocas posibilidades de mantenerse y el tiempo que lo hiciese sería mediante la fuerza y la violencia. Los comunistas lucharían contra ella como venían luchando 40 años contra la dictadura franquista".

La entrevista se celebró en París en el hotel en el que residía don Alfonso XIII cuando la visitaba. Allí esperaban el presidente de Europa Press, José Mario Armero, y los representantes de la oposición antifranquista, agrupados en la Junta Democrática, Antonio García Trevijano, Rafael Calvo Serer, Pepín Vidal y Mario Rodríguez Aragón, y varias personas más.

El secretario de don Juan, el coronel don José A. Lacour, me introdujo a la *suite* despacho en la que recibía don Juan. Amablemente, de pie, me dio la mano y ofreció asiento. Sobre una pequeña mesa tenía unas carpetas. En la primera aparecía mi nombre; debajo, catedrático y abogado.

Con tacto le manifesté el deseo de Santiago Carrillo de transmitirle un mensaje del partido comunista. "Diga, diga; le escucho con mucho interés". Le informé, con claridad y precisión, del mensaje. No me interrumpió. Cuando terminé se levantó. Hice lo mismo. Creí que la entrevista había terminado y di un paso hacia él, como para despedirme. Me preguntó: "¿Cree que los comunistas quieren sinceramente la reconciliación nacional y que están dispuestos a olvidar todo lo que han pasado?". Contesté que no tenía duda de ello. Añadí: "Conozco a muchos dirigentes comunistas en el exilio. Todos piensan así". "¿De verdad?". "Estoy convencido", le respondí. "Siéntese, siéntese", me indicó. Mandó que repitiera todo el mensaje. Lo hice del principio al final. Me interrumpía de vez en cuando haciendo comentarios o preguntas, que yo contestaba.

> "¿Cree que los comunistas quieren sinceramente la reconciliación nacional y que están dispuestos a olvidar todo lo que han pasado?". Contesté que no tenía duda de ello

Continuamos durante más de una hora la entrevista. Ya más distendidos, cumplida mi misión de transmitirle la postura del partido comunista, en un momento de pausa, cambiando de tema, le dije:

"Don Juan, yo, personalmente, soy republicano (él no se inmutó); toda mi familia lo es. La Primera República Española se proclamó a petición firmada en las Cortes por el general Lagunero, antepasado mío. Yo fui condenado, cuando tenía 18 años, en un consejo de guerra por organizar y participar en una manifestación conmemorando el 14 de abril, en el primer movimiento antifascista organizado en la Universidad española, en Valladolid, en el año 1945, teniendo a mi único hermano en la cárcel y a mi padre, recién salido de la misma, destituido de catedrático y desterrado en Zamora. No obstante, si el pueblo se pronuncia mayoritariamente por la monarquía, como demócrata, la acataré. Si usted me lo permite, le diré que pienso que la única posibilidad de que en España se mantenga una monarquía es siendo democrática y parlamentaria, no una monarquía franquista, impuesta y mantenida por la fuerza. Una monarquía que facilite la amnistía, la reconciliación nacional, el restablecimiento de las libertades públicas y el reconocimiento de los partidos políticos. Libertades públicas que tienen que darse a todos los ciudadanos, a todos los partidos políticos sin excepción, lo que supone legalizar a todos, incluyendo el partido comunista; que se gobierne con una Constitución salida de un Parlamento elegido en elecciones libres y refrendada por la voluntad de todo el pueblo español. Esta monarquía es la única que puede llegar a tener apoyo popular".

Don Juan escuchaba atentamente asintiendo con la cabeza. Centró su interés en saber cuál iba a ser la actitud comunista en el momento de la caída de la dictadura. Durante nuestra larga conversación, varias veces insistió en preguntarme si era creíble la postura moderada y reconciliatoria de los comunistas.

¡Qué generosidad!

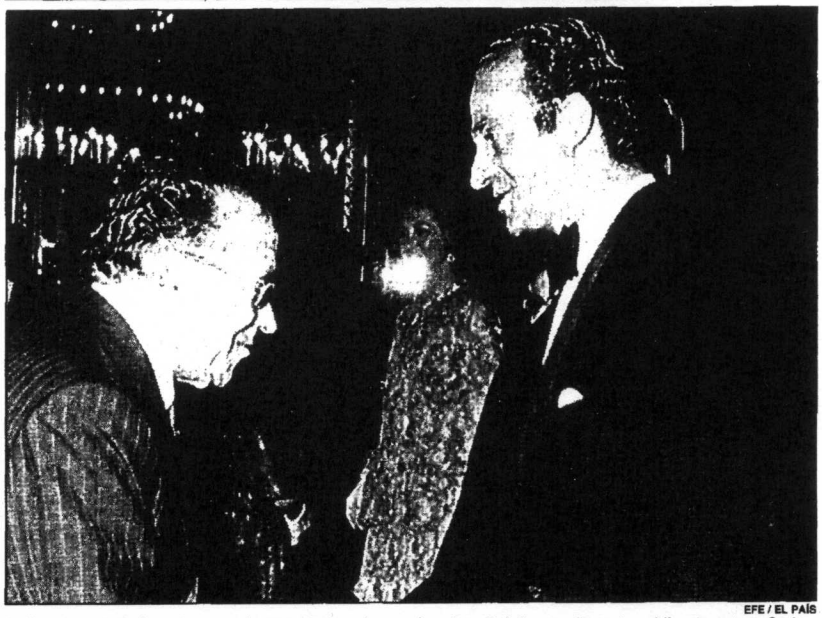
Nuevamente de pie, don Juan dijo: "Si es verdad todo lo que usted me dice de los comunistas, ¡qué patriotismo el de esos hombres! ¡Qué patriotismo el de los obreros españoles! ¡Qué generosidad! ¡Lo que tiene que aprender la derecha española!". "Bueno", terminó diciendo, "dígale usted a su amigo que me parece muy bien su postura y que la tendré muy en cuenta".

En aquellos días se estaba dando una batalla en el círculo íntimo de don Juan. Unos, tratando de que hiciese una declaración clara y contundente contra la dictadura. Otros, tratando de evitarlo, considerando que el hacerlo significaba una ruptura frontal con Franco de imprevisibles consecuencias incluso para su hijo don Juan Carlos.

Comenté con Carrillo el desarrollo de la entrevista. Preguntó por mi impresión personal sobre don Juan. Dije que me parecía amable, sencillo, un patriota liberal que quería sinceramente la democracia para España. Santiago quedó plenamente satisfecho. Era consciente, viviendo yo en España, donde ejercía profesionalmente y tenía importantes intereses empresariales, que el ser, en aquellos momentos graves y delicados, interlocutor del partido comunista con don Juan de Borbón suponía asumir un tremendo riesgo. Me lo había pedido, consciente de ese riesgo, porque era imprescindible, en la importantísima y trascendental batalla política que se estaba dando en torno a don Juan de Borbón, que él conociera, de manera directa y clara, la postura del partido comunista.

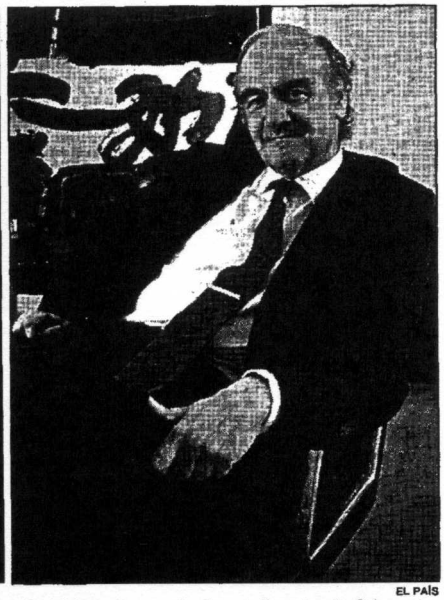
También estaba yo satisfecho. Si era importante y necesario que los comunistas adoptasen esa posición moderada y reconciliatoria, no menos necesario era que los españoles la conocieran y confiaran en ella.

Entre mi audiencia con don



EFE / EL PAÍS

Arriba, el conde de Barcelona, en el momento de ceder sus derechos dinásticos en favor de su hijo, el rey Juan Carlos, el 14 de mayo de 1977 en el palacio de la Zarzuela. Sobre estas líneas, el Rey saluda a Santiago Carrillo después de la legalización del PCE en abril de 1977.



EL PAÍS

Arriba, Teodulfo Lagunero (a la izquierda) y Santiago Carrillo (disfrazado con peluca), en la Barceloneta. Sobre estas líneas, Nicolás Franco y Pascual de Pobil (a la izquierda) y José Mario Armero.

Lagunero, el 'compañero de viaje'

CARLOS ELORDI

Teodulfo Lagunero es un personaje excepcional. Al menos en el sentido de que su biografía constituye una excepción a esa regla, formalizada por el marxismo pero asumida sustancialmente por todas las culturas, según la cual "el ser social determina la conciencia". En el caso de Lagunero, su compromiso político con los perdedores de la guerra civil se ha impuesto, cuando las circunstancias lo han exigido, a los privilegios garantizados por una inmejorable posición social: la de un hombre muy rico y en contacto con los más altos círculos del poder económico español.

Tiene 66 años. Por tanto, nació antes de aquella guerra civil que él, su hermano Enrique —quien más tarde montaría en Madrid la librería Rafael Alberti—, su sufrida madre, pero sobre todo su padre perdieron con todas sus consecuencias. Su progenitor, un catedrático de instituto, fue destituido, encarcelado durante varios años y posteriormente desterrado.

Teodulfo estudió derecho en Valladolid. A mediados de los cuarenta fue detenido mientras escribía, con tiza, un mensaje subversivo en las paredes: "14 de abril, el día de la República", y le trataron como entonces se acostumbraba en las comisarías. Tenía 18 años.

Luego ejerció de abogado y también empezó a hacer negocios. Las cosas le fueron cada vez mejor, pero su gran éxito fue, a mediados de los sesenta, la urbanización Nueva Sierra de Madrid. También entonces se le vieron sus antiguas querencias: bautizó las calles de su emporio con los nombres de grandes literatos: Rafael Alberti, Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias.

En 1968 conoce en París a Santiago Carrillo. Aunque Lagunero nunca entraría formalmente en el PCE, desde entonces se dedicó a ayudar a los comunistas. Con dinero, y puso mucho, y con algunas iniciativas que sólo un hombre de negocios podía llevar adelante: compró la sede, en la parisina Rue Saint Jacques, del CISE, aquel punto de referencia obligado del exilio y para quienes llegaban desde España que presidió Pablo Picasso.

El hombre del maletín

En 1974, recién creada la Junta Democrática, Carrillo pide nuevamente su ayuda. Rafael Calvo Serer había conseguido del Gobierno mexicano la promesa de un cuantioso crédito para financiar esa plataforma antifranquista. Pero el presidente Echevarría pedía avales para concederlo, es decir, la demostración de que no sólo había pobres militantes comunistas detrás de la operación. Lagunero se fue a México con un maletín en el que llevaba todas las escrituras de sus propiedades. Echevarría sonrió al verlas, y en lugar del crédito, hizo una importante donación "al pueblo español a través de su legítimo representante, la Junta Democrática".

En la *Ville Comète*, su chalet de Cannes, se fraguó la operación más espectacular de la transición: la entrada clandestina de Carrillo en España y el objetivo político que había tras ella, es decir, la legalización del PCE. No sólo trasladó en su Mercedes a don Santiago y lo ocultó en Madrid, en un chalet de El Viso que compró exclusivamente para ese fin, sino que antes y después puso en contacto al líder comunista con los emisarios de Suárez y también del Rey. Más adelante regalaría al partido la que sería su sede de la calle Castelló. Y con otros financiaría, dejando mucho dinero en el empeño, el semanario *La Calle*, que de 1978 a 1982 editaron unos periodistas de izquierdas, vinculados o no al PCE.

Juan en París y el 24 de junio había ocurrido un hecho de gran trascendencia y significado: la *revolución de los claveles* portuguesa. Este acontecimiento, ya de por sí trascendental para España, tuvo que repercutir más aún en el entorno de don Juan de Borbón, por el hecho de tener éste su residencia en Estoril. Era significativo que continuase residiendo en Portugal después de la revolución; fuera cual fuese la influencia de los acontecimientos portugueses en ese entorno, su actitud había cambiado, al menos hacia la postura de García Trevijano y Calvo Serer, que pretendían un enfrentamiento más radical frente a la dictadura y que le reclamaban una declaración en ese sentido. Al negarse a ello don Juan, ninguno de los dos asistió en Estoril al acto del día 23, víspera de San Juan. García Trevijano había roto con don Juan de Borbón y Calvo Serer alegó "enfermedad política".

A pesar del número de asistentes y su personalidad, la diversidad de corrientes políticas representadas —todas menos la comunista y la ya explicada ausencia de Calvo Serer y Trevijano— y toda la carga política de los claveles en las mesas y en las solapas, los discursos antifranquistas y a favor de la democracia, la verdad es que la batalla en torno a don Juan la habían perdido Trevijano y Calvo Serer, al no conseguir que hiciera la declaración que le exigían, que contaba con el apoyo de los comunistas.

Como consecuencia de los actos de Estoril del 19 de julio, el embajador de España en Lisboa comunicó a don Juan de Borbón que le quedaba prohibido el acceso a cualquier puerto, aeropuerto o puesto fronterizo situados en tierra española.

Armero y Carrillo

Años más tarde, con ocasión de una comida que dio el banquero Luis Valls Taberner a un grupo de periodistas de una revista de información de la que yo era presidente del consejo de administración, se comentó mi entrevista con don Juan de Borbón. Cuando dije que me sentía orgulloso de haber puesto en contacto a las dos fuerzas más importantes en la lucha contra la dictadura franquista, los comunistas y don Juan de Borbón, nuestro anfitrión, don Luis Valls, hombre inteligente, culto y con una gran sensibilidad humana, perteneciente al círculo íntimo de don Juan, asintió reiteradamente con su mirada de cardenal del Renacimiento.

En agosto de 1974 tuve otra intervención, que suponía indirectamente hacer llegar a la familia real la postura reconciliadora y moderada de los comunistas. Esta vez se trataba, como veremos, del propio príncipe don Juan Carlos.

Durante la primera enfermedad de Franco, llamó Armero a Cannes, pidiéndome que localizase a Santiago Carrillo. Consideraba muy importante reunirse con él en París, adonde acudiría con una personalidad de relieve del régimen que deseaba entrevistarse con Carrillo, sin que me pudiese adelantar ni la identidad del interlocutor ni su finalidad.

José Mario Armero, serio, eficiente, merecía confianza. No dudé en localizar a Santiago. Se encontraba en Italia. Convinimos día y hora. En París recibí en el aeropuerto a José Mario, que me descubrió que se trataba de Nicolás Franco, diputado a Cortes y sobrino del dictador (Bardavío recoge esta entrevista en el libro *Los silencios del Rey*).

Yo había reservado mesa en el restaurante Vert Galán, junto al Sena. Almorzamos Nicolás Franco, Armero, Santiago Carrillo y yo. Fue interesante el primer contacto humano entre un miembro de la familia Franco y Santiago Carrillo. Y correcto. Importante políticamente. La comida y la sobremesa se prolongaron durante más de tres horas.

Rey de todos los españoles

Nicolás Franco dijo que le había encomendado el príncipe don Juan Carlos —de quien era amigo personal desde los tiempos de Estoril, donde su padre había sido embajador— que le hiciese un informe sobre las diversas corrientes políticas de la oposición. Quería saber, directamente de Santiago Carrillo, la actitud de los comunistas. Carrillo reiteró la posición del partido: no aceptación de una monarquía impuesta; exigencia de amnistía, restablecimiento de las libertades públicas; reconocimiento de todos los partidos políticos y elecciones libres a Cortes Constituyentes. Nicolás Franco manifestó que el Príncipe, cuando llegue a Jefe del Estado, quiere ser el Rey de todos los españoles, la reconciliación nacional y la democratización del país. Necesitaba tiempo. Pedía al partido comunista que le diese un margen de confianza de unos seis meses. Que los comunistas no aprovechasen la ocasión de la muerte de Franco para echarse a la calle y provocar una situación de resultados imprevisibles.

Santiago contestó que los comunistas siempre habían tenido una actitud moderada y seguirían teniéndola, pero que ni renunciaba ni podía renunciar a la lucha por la libertad en España. Eran necesarias medidas democráticas urgentes y de manera inmediata la concesión de una amnistía; no se comprometía a nada. Tomaba nota de cuanto le había transmitido. En todo caso, los comunistas estaban dispuestos al diálogo constructivo, como lo demostraba el hecho de que él estaba almorzando con un miembro de la familia Franco.

Terminada la reunión, José Mario Armero se marchó con Nicolás, y yo, con Santiago, quien manifestó su satisfacción. Había merecido la pena venir desde Italia.